

Tercer Domingo después de la Pascua.

1 Pedro 2:11-20.

“Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma. Mantened buena vuestra manera de vivir entre los gentiles, para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras. Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior, ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien. Esta es la voluntad de Dios: que haciendo bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres insensatos. Actuad como personas libres, pero no como los que tienen la libertad como pretexto para hacer lo malo, sino como siervos de Dios. Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey. Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos, no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar. Lo que merece aprobación es que alguien, a causa de la conciencia delante de Dios, sufra molestias padeciendo injustamente, pues ¿qué mérito tiene el soportar que os abofeteen si habéis pecado? Pero si por hacer lo que es bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios.” (1 Pedro 2.11–20, RVR95)

NUESTROS DEBERES CRISTIANOS.

Esta lectura de las Epístolas también nos exhorta a hacer buenas obras, o frutos de la fe. Repasa casi toda condición de la vida, enseñando cómo cada individuo debe vivir y conducirse. Pero primero exhorta a los cristianos en general, diciendo que deben vivir entre los paganos, es decir en el mundo incrédulo, en tal forma que no se pueda sinceramente culparlos o reprenderlos. Les presenta esta exhortación para que recuerden (como les dijo en los capítulos 1 y 2) que han sido llamados a una esperanza viva, inmortal, de una herencia imperecedera y de gozo y felicidad eterna, y que ahora han sido redimidos y han obtenido el perdón de los pecados por la preciosa sangre de Cristo, etc., asimismo, que ahora han llegado a ser una nación santa y sacerdocio real, para proclamar y alabar la gracia de Dios, aunque antes no eran el pueblo de Dios y no habían obtenido la gracia. Pero ahora han recibido esa gracia (quiere decir) por el llamamiento divino y por el sufrimiento de su Señor Cristo. Por tanto, consideren que deben vivir como personas que pertenecen al cielo y son un pueblo santo de Dios, etc.

2. Hemos oído ya que las dos partes deben estar unidas en el cristiano y enfatizadas en la enseñanza cristiana. La primera parte es la fe, que somos redimidos del pecado por la sangre de Cristo y tenemos el perdón. La segunda parte, después que tenemos la fe, es que después debemos ser personas diferentes y llevar una vida nueva. En el bautismo, o cuando comenzamos a creer, no sólo obtenemos el perdón de los pecados (que es la gracia que nos hace hijos de Dios) sino también el don que debe eliminar y mortificar los pecados que quedan. Nuestros pecados no son perdonados para que perseveremos en ellos (como dice San Pablo en Romanos 6:1), como imaginan los espíritus insolentes y

despreciadores de la gracia. Más bien, aunque los pecados han sido borrados por la sangre de Cristo, de modo que no tenemos que pagar por ellos ni repararlos, y ahora somos hijos de la gracia y tenemos el perdón, sin embargo, eso no quiere decir que el pecado se ha eliminado ni tampoco que esté totalmente muerto en nosotros.

DEFINICIÓN DE LA REMISIÓN Y LA MORTIFICACIÓN

3. Hay una diferencia entre el perdón de los pecados y matarlos. Se deben proclamar las dos cosas contra los que los confunden y ponen las cosas al revés con la falsa doctrina. Contra el primero, el Papa y muchos otros han enseñado que el perdón de los pecados se debe obtener por el truco de las propias obras que ellos mismos han escogido e inventado y por hacer su propia satisfacción. Este error siempre sigue en el mundo, desde Caín en el comienzo hasta el fin. Luego, cuando se ha sofocado este error, se hallan falsos espíritus del otro lado, que han oído la predicación de la gracia y se jactan de ella y sin embargo no producen nada más de ella, como si fuera suficiente, y el perdón no debería hacer nada en nosotros sino dejarnos quedar como antes. Después, había tantos como antes, cuando todavía no sabíamos nada de Cristo ni del evangelio.

Por tanto, los que quieren ser cristianos deben saber y aprender que, puesto que han obtenido el perdón sin mérito de su parte, desde ahora no deben permitir ni practicar el pecado, sino resistir los malos y pecaminosos deseos que tenían anteriormente y evitarlos y huir de los frutos y las obras de ellos. Este es el resumen y el significado de esta lección de la Epístola.

4. Mira las palabras del apóstol, y ve que este pescador de Betsaida ahora tiene un concepto muy diferente de lo que tenía antes, cuando antes de la resurrección del Señor anduvo con él. En ese tiempo, junto con los demás apóstoles y con toda la nación judía, no tenía otro concepto del reino de Dios o de Cristo sino que sería un reino terrenal en donde serían granjeros ricos, ciudadanos, nobles, condes y señores; todos los bienes del mundo serían suyos, y todos los gentiles tendrían que ser sus siervos y esclavos; desde entonces ningún enemigo, guerra, hambre o infortunio los perturbaría; sino tendrían solo la paz y días buenos, placer y abundancia de gozo bajo su Rey supremo el Mesías. Esa fue su esperanza y expectativa, y estaban llenos de pensamientos dulces, así como hasta hoy todavía están ahogados y embriagados con el mismo sueño.

LA NATURALEZA DEL REINO DE CRISTO.

5. Pero aquí San Pedro predica lo opuesto. “Queridos cristianos”, dice, “que han sido bautizados y han sido llevados al reino real y sacerdotal de Cristo, ahora les diré algo diferente de lo que ustedes y yo en un tiempo pensábamos y soñábamos. Somos, es cierto, ciudadanos, condes y señores en este reino en donde Cristo reina supremo sobre todos los reyes y señores, y en donde sólo hay riquezas, gozo y toda felicidad eterna. Pero las cosas no suceden allí en una forma terrenal como con los reyes y los gobiernos terrenales, porque también deben saber que según el mundo no son tales señores y nobles, así como según el mundo aun Cristo no es un Rey. El reino del mundo no está

de acuerdo con su reino; más bien deben considerarse como extranjeros y advenedizos en el reino del mundo.

“Por tanto, los exhorto que, ya que se han hecho cristianos, hermanos en el reino eterno celestial, que se resignen a vivir desde ahora como los que ya no son de este reino terrenal del mundo. Consideren esta vida terrenal sólo como un viajero o un peregrino considera el país en donde viaja y el mesón en donde pasa la noche. No tiene la intención de quedarse o hacerse alcalde o ciudadano, sino comer y alimentarse, y luego salir por la puerta e irse a su hogar. “Eso”, dice, “es como también deben considerar su vida, porque no se hicieron cristianos para que pudieran gobernar y quedarse aquí en la tierra (como sueñan los judíos). Los cristianos moran, viven como ciudadanos y gobiernan en otra parte, no en este mundo. Por tanto, considérense y actúen como peregrinos en la tierra, viajando a otra tierra y propiedad, en donde no habrá discordia ni desgracia, etc., como deben soportarla aquí en este mesón”.

EL USO CRISTIANO DE ESTA VIDA.

6. Pero ¿cómo funciona esto en esta vida? Poco después dice: “Someteos a toda institución humana, ya sea al rey... ya a los gobernadores”, etc.; otra vez: “Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos,... también a los difíciles de soportar”. ¿Cómo concuerdan estas dos cosas: vivir en el gobierno del Rey y Señor, y ser un peregrino aquí en la tierra? ¿Cómo podemos vivir aquí en la tierra con esposa e hijo, casa y hogar, ciudadanía y gobierno, y sin embargo al mismo tiempo no estar en casa? Bueno, como dije, esta distinción fue difícil aun para los queridos apóstoles, pero para los cristianos, especialmente ahora, debe ser fácil. Cristo y los apóstoles no quieren que rechacemos la vida y el gobierno externo humano, lo que Pedro llama “toda institución humana”, sino quiere que estén y permanezcan como son; hasta nos dice que nos quedemos bajo ellas y que las usemos.

7. La distinción es que, aunque vivimos en estas situaciones y formas de vivir, sin embargo no debemos permitir que esta vida sea nuestro reino y principal tesoro, como si no tuviéramos nada más ni esperaríamos nada mejor de lo que tenemos aquí. Tanto los judíos y los turcos creen en la resurrección de los muertos, pero la sueñan en una forma tan carnal, como si fuera a ser la misma clase de vida como ahora, excepto que ya no habrá desgracia, persecución, etc., sino solo paz, placer y gozo. (El Papa tiene la ventaja de que, junto con sus santos epicúreos, y cerdos, no cree nada).

En vez de eso, todo cristiano debe vivir en su situación, sea señor o siervo, príncipe o súbdito, etc., y usar cualquier cosa que Dios le ha dado: país y pueblo, casa y hogar, esposa e hijos, dinero y bienes, comida y bebida. Debe considerarse sólo un invitado en la tierra, como uno que come su pedazo de pan o toma su refrigerio ligero y actúa como un buen huésped en este mesón. Podría igualmente ser un rey y señor, que conduce su gobierno y oficio con diligencia y fidelidad, y sin embargo diría: “No pongo mi esperanza en esta forma de vivir, porque no es mi intención quedarme aquí. Estoy ahora en una tierra extraña, y aunque me siento a la cabeza de la mesa en este mesón, el que se sienta al pie de la mesa tiene tanto como yo, tanto aquí y allá, porque ambos somos

huéspedes aquí. Sin embargo, el que me dio esta ocupación de cumplir su mandato me ha dicho vivir justa y honorablemente en este mesón, como corresponde a un huésped”.

8. Los cristianos deben conducirse en todos los otros estados como señores y señoras, sirvientes y criadas, para que coman y beban en la tierra como invitados, tengan ropa y zapatos, casa y hogar y los usen, mientras Dios lo quiera. Sin embargo deben estar preparados y dispuestos para seguir su viaje cuando todo esto termine, y así pasar por una casa o ciudad como huéspedes en donde no están en casa. Sin embargo, deben actuar honorable y pacíficamente entre ellos y no hacer daño a nadie. No tiene sentido que un invitado pelee egoísta o malvadamente mientras viva en casa de otro; más bien, la regla es: “Si quieres ser un invitado, debes actuar pacíficamente y como un huésped, o pronto te señalarán la puerta o te llevarán a la cárcel.

9. Los cristianos deben saber esto, para que se adapten apropiadamente a esta vida. No deben establecerse como si se quedaran aquí ni, como los monjes, querer evitar los estados y oficios mundanos, huir y correr del mundo. Contra todo esto San Pedro dice que no debemos huir de nuestros semejantes y vivir cada uno para sí mismo, sino permanecer en nuestras varias condiciones en la vida como Dios nos ha unido, sirviendo unos a otros. Sin embargo, debemos considerar esta vida como una situación en donde no somos ciudadanos ni estamos en casa, sino vamos en un peregrinaje o viaje, en el cual pasamos la noche juntos en un mesón, comemos y bebemos, y luego tenemos que seguir el viaje.

10. Los que están en los oficios más bajos o inferiores, tales como siervos, sirvientes o súbditos del gobierno, no deben por eso exclamar: “¿Por qué debo molestarme con estas tareas desagradables de la casa, con trabajo del campo o con el duro servicio, que no me gustan? No estoy en casa aquí, y ciertamente puedo tener una situación mejor. Por tanto, dejaré ese trabajo sin hacer y gozaré días buenos” (como los monjes y sacerdotes en su ocupación se han retirado del mundo, y sin embargo la mayoría se han ahogado en los deseos carnales). No, no debe ser así, porque si no quieres sufrir y soportar esto, como un huésped tiene que hacer en un mesón y entre desconocidos, entonces tampoco debes compartir su comida y bebida.

Asimismo, el que esté en las posiciones más elevadas o en la vida o en la aristocracia no debe abandonar su trabajo y solo considerar cómo puede vivir según sus placeres en puro gozo y descanso (porque lo tiene mejor que los demás), como si se quedara aquí para siempre. En lugar de eso debe pensar: “Esta vida, es cierto, es transitoria y debe ser un viaje y un peregrinaje hasta que llegue a nuestra verdadera patria. Pero puesto que Dios quiere que cada uno sirva a otros aquí con su posición y el oficio que se le ha encomendado, haré lo que me ha sido encargado y serviré a mis súbditos, mis vecinos, mi esposa e hijo fielmente mientras pueda. Aunque tuviera que salir a esta hora y dejar atrás todo en la tierra, aunque ahora muriera, sin embargo, sé (alabado sea Dios) en dónde pertenezco y en dónde estoy en casa. Sin embargo, porque todavía estoy en mi viaje aquí, debo hacer lo que pertenece a esta ciudadanía en la tierra, y lo haré, y viviré

entre ellos como es apropiado aquí, hasta la hora en que cruce el umbral, para que me aparte con honor, no dejando quejas atrás”.

11. Esta debe ser (San Pedro quiere decir) la forma de vida y la conducta de cada cristiano en la tierra: En primer lugar, debe saber en dónde está su verdadero hogar o patria. Eso sucede por la fe en Cristo, por medio de la cual hemos llegado a ser hijos de Dios, herederos de la vida eterna y ciudadanos del cielo. Cantamos acerca de esto: “Rogamos al buen Consolador, nos dé vida, fe y amor”, etc., “hasta entrar en su Edén de alegría”. Esto está de acuerdo con este texto en el cual nos llama peregrinos o viajeros, que estamos aquí en la miseria y ahora deseamos el hogar y tenemos la intención de salir por la puerta. Segundo, porque tenemos que estar en esta aflicción y todavía no estamos en casa, debemos honrar al mesonero, hacer lo que es recto en el mesón, y considerar todo lo que nos pase como bueno.

12. El profeta Jeremías tuvo que exhortar a sus judíos que estaban en la aflicción en Babilonia y anhelaban mucho volver a su hogar, porque estuvieron a punto de desesperarse ya que habían estado tanto tiempo sufriendo en el extranjero mientras muchos de sus hermanos todavía estaban en casa. Otros profetas falsamente los habían animado y fortalecido, diciendo que pronto regresarían a casa, de modo que dejaron de cultivar la tierra y no se esforzaron para ganarse los medios de vivir. Jeremías les escribe (cap. 29:10): Deben tener paciencia, porque no regresarán tan pronto—no hasta que hayan pasado setenta años. Mientras tanto, dice, Hagan esto, aunque tengan que estar en la aflicción y el cautiverio, debían hacer lo que les dice en Jeremías 29:5-7: “Edificad casas y habitadlas; plantad huertos y comed del fruto de ellos. Casaos y engendrad hijos e hijas; dad mujeres a vuestros hijos y dad maridos a vuestras hijas, para que tengan hijos e hijas. Multiplicaos allá, y no disminuyáis. Procurad la paz de la ciudad a la cual os hice transportar, y rogad por ella a Jehová, porque en su paz tendréis vosotros paz”.

Para ellos, el sermón del profeta fue desagradable y ofensivo, porque allí, en medio de su sufrimiento, todavía debían edificar casas y establecerse como ciudadanos de Babilonia, y luego también casarse y criar hijos, hasta debían casar a sus hijos, como si fueran a permanecer allí. Suena aún más vergonzoso que deban orar por la ciudad y el reino que los mantenían en cautiverio, cuando hubieran preferido orar para librarse de ellos, puesto que esperaban (falsamente animados por los otros profetas) que volverían a casa al año siguiente.

13. Ahora, ¿cómo deberían actuar? Los que eran buenos y creyentes tuvieron que esperar y anticipar que serían librados y volverían a casa en su reino. Obviamente, no podían tener gozo ni placer en esa aflicción, como testifican y se lamentan en el Salmo 137, “junto a los ríos de Babilonia”. Allí lloraban y derramaban lágrimas y no podían estar alegres por una hora cuando pensaban en su hogar. Durante setenta largos años sus corazones continuamente estaban fuera de la puerta, de modo que no les importaba cómo edificar casas, cultivar campos y jardines, tomar una esposa y criar un hijo. Sin embargo, el profeta les dice hacer todo lo que un ciudadano debe y tiene que hacer allí

y, además, a orar por el mesonero (sus vecinos y sus conciudadanos), que Dios diera a la ciudad paz y prosperidad, etc.

LOS CRISTIANOS SON SÚBDITOS DE DOS REINOS

14. Así, también, los cristianos participan en dos clases de vida o gobierno. Aquí en la tierra, en donde el mundo mora y tiene su patria y cielo, no somos ciudadanos. San Pablo dice (Filip. 3:20): “nuestra ciudadanía está en los cielos”, con Cristo, es decir, en la vida venidera, por la cual esperamos. Esperamos ser liberados, como lo hicieron los que estaban en Babilonia, y a llegar a donde permaneceremos siendo ciudadanos y señores para siempre. Sin embargo, porque debemos quedar en la aflicción de nuestra Babilonia mientras Dios lo quiera, debemos hacer lo que a ellos les mandaron: vivir aquí con la gente, comer y beber, formar hogares, cultivar campos, gobernar y conducirnos pacíficamente con ellos, hasta orar por ellos, hasta que se nos llegue la hora de partir a nuestro hogar.

15. Ahora, el que puede clasificar y distinguir esto también sabe cómo enfrentar toda clase de espíritus fanáticos que establecen una forma de vida horrible contra esto. O quieren huir del mundo, y no se pueden llevar bien con nadie, o comienzan a enfurecerse contra el gobierno y el orden mundano y hacer todo pedazos, o, (como lo hizo el Papa) bajo la apariencia y el nombre del cristianismo quieren enredarse con el gobierno del mundo y ser señores en el mundo.

Puesto que nosotros como cristianos tenemos el perdón de los pecados y ahora somos el pueblo de Dios e hijos de su reino, ya no pertenecemos a esta Babilonia sino al cielo, debemos también saber que durante el período cuando debemos permanecer aquí entre extranjeros debemos ser piadosos, honorables, disciplinados ciudadanos ordinarios, ayudar a mantener la paz doméstica, y con nuestro auxilio y ayuda servir y beneficiar aun a los malos e ingratos. Sin embargo, en esto siempre debemos pensar en nuestra herencia y nuestro reino y luchar por ellos, que es a donde nos dirigimos.

16. En resumen, el cristiano debe ser uno que, como dice Pablo (1 Cor. 7:29-31), usa este mundo y sin embargo no abusa de él, que compra y posee como si no poseyera, tiene esposa e hijos como si no los tuviera y edifica como si no edificara. ¿Qué sentido tiene esto? Tiene sentido cuando distinguimos entre la fe de los judíos, de los turcos, de hecho, la de los papistas, y la fe cristiana. El cristiano vive esta vida terrenal, construye, compra, intercambia y negocia con la gente, y hace todo lo demás que pertenece a este mundo únicamente como huésped que hace lo que quiere el mesonero según los derechos y las costumbres de la tierra, la ciudad o el mesón. Pero no pone su confianza en esto, como si fuera a quedarse allí y no tuviera nada mejor. Camina derecho por todo en la tierra de modo que tiene y no lo tiene, de modo que lo usa pero no depende de ello. Trata con lo temporal en tal forma que no pierde lo eterno; sino que deja atrás lo temporal y lo olvida y siempre se extiende hacia lo eterno como la meta puesta delante de él.

17. Por tanto, los que pretenden salirse del mundo acudiendo al desierto o a un bosque salvaje y no quieren estar o vivir en el mesón, del cual no pueden prescindir, son unos grandes necios y estúpidos. Puesto que tienen que comer y beber y vestirse y abrigarse, tienen que ser su propio mesonero; no pueden huir de esta necesidad aunque huyan de toda la gente. Este no es dejar el mundo ni huir de él como creen; más bien tienes que estar en el mundo en cualquier estado, vida y condición que sea (porque tienes que estar en alguna parte, porque vives en la tierra). Dios no te ha alejado de la gente, sino te ha puesto entre la gente, porque todos fueron creados y nacieron a causa de otro. En dondequiera que estés ahora (digo) y en cualquier estado en que te encuentras, allí debes huir del mundo.

CÓMO ESCAPAR DEL MUNDO

18. ¿Cómo sucede esto? No poniéndonos un hábito y metiéndonos en un rincón o saliendo al desierto. No puedes escapar del diablo y del pecado de esa forma. Te encontrará tan fácilmente en el desierto con un hábito gris como lo hará en el mercado con una chaqueta roja. En vez de eso, debes huir del mundo con el corazón y mantenerte “sin mancha del mundo”, como dice Santiago 1:27. En otras palabras, no debes adherirte a esta manera mundana de vivir, sino adherirte a Cristo conforme a esta doctrina de la fe y esperar la herencia eterna del cielo. Por esta fe y esperanza haz el oficio y el trabajo que se te ha encomendado, el cual debes hacer aquí, y sin embargo decir: “Ese no es mi tesoro ni la posesión principal por la cual vivo” (como el mundo, los judíos, los turcos y el papado viven solo por amor a esto), “sino considero todas estas cosas temporales como un mesón, y huyo de ellas como el huésped lo hace del mesón. Por un tiempo seguramente usa su comida y alojamiento, y sin embargo su corazón siempre huye y piensa del hogar donde pertenece.

¿Quién toleraría a un necio que procediera de esta forma: “No comeré ni beberé aquí. Sino que me portaré en forma rara, quebrando ventanas y derribando todo, porque aquí no tengo lugar permanente”, etc.? En vez de eso, debes usar el mesón y tomar lo que se te da con el mismo fin de llegar más cerca de donde piensas ir.

19. Los cristianos deberían usar el mundo en tal forma que siempre traten de salir de esta vida, aunque tengan casa y hogar, esposa e hijos. Estos son solo para esta vida presente, deben hacer lo recto para ellos, pero a la vez decir: “Hoy estoy aquí, mañana en otra parte. Ahora uso este mesón, mañana usaré otro, porque no tengo la intención de permanecer aquí.

En su hermoso sermón de Pentecostés, San Pedro habló de David, que fue un rey santo. “David”, dijo, “no subió a los cielos”, pero cuando había servido la voluntad de Dios, se durmió, etc. No quiere culpar al oficio y al gobierno que tiene, como si hubiera hecho mal, sino que lo adorna con palabras honorables. Fue un rey, y no descartó su corona ni su gloria real, sino los retuvo. Los retuvo como un oficio que Dios le había encomendado administrar, con el cual sirvió a Dios. El buen gobernante, y todos en su oficio y estado, debe hacer lo mismo. No debe pensar que fue puesto en esa posición para que pudiera vivir y gobernar como a él le dé la gana, sino solo con el fin de servir a

Dios mientras está aquí. No tiene un lugar permanente aquí excepto como un extraño que viene entre los otros huéspedes, vive para servirlos y agradecerlos, hace lo que ellos hacen, y en donde hay peligro o necesidad se une con ellos y ayuda a rescatar y protegerlos.

20. Así el rey David no consideró su reino y todo lo que Dios le dio como su verdadera gloria, sino como su servicio y oficio en su peregrinaje. En todo eso sigue siendo un huésped, uno que espera dejarlo todo y buscar otro lugar. Por tanto, también dice (Sal. 39:12): “Forastero soy para ti y advenedizo, como todos mis padres”. ¿Cómo? ¿Debe un rey tan glorioso hablar así? ¿Es un huésped el que ocupa un trono real, que es señor de tierras y de más de un millón doscientos mil personas según sus propios cálculos? Bien, dice que sirve a Dios en su reino como uno que es un huésped en la tierra, puesto en esa posición por Dios; pero al mismo tiempo es también un ciudadano de Dios en otra existencia y vida, la cual él considera como más glorioso y mejor que su corona y toda la gloria en la tierra.

RAZONES PARA ABSTENERSE DE LOS DESEOS CARNALES

21. Este es el sermón de Pedro con el cual exhorta a los cristianos a llevar una vida y obras cristianas, después de que ahora han sido llamados y han llegado a la gloria de haberse hecho por medio de Cristo “sacerdocio real... pueblo adquirido por Dios” y ciudadanos del cielo. Los amonesta a vivir aquí como huéspedes y a luchar por un reino diferente, eterno, es decir, a abstenerse de toda clase de deseos carnales o mundanos y a llevar una vida buena con toda clase de buenas obras. Da dos razones para esto: primero, para que no perdamos lo que es espiritual y eterno por una vida carnal de seguir nuestros deseos; segundo, para que el nombre de Dios y la gloria que tenemos en Cristo no sean calumniados entre los paganos y entre nuestros adversarios, sino sean alabados por nuestras buenas obras. Estas son las razones principales y el propósito por el cual debemos hacer buenas obras, que deben exhortar e incitarnos muy fuertemente a hacerlo.

22. Primero, dice: “os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma”. Así muestra que si no los resistimos sino los seguimos, entonces perderemos el tesoro y la herencia que tenemos en la vida venidera. No tiene sentido y no puede coexistir que quieras ser llamado un huésped en la tierra que lucha por otro lugar mejor y sin embargo vives en estos deseos carnales. Eso no es diferente de si quisieras quedarte con el mundo siempre. No, la regla es, si quieres tener una, debes abandonar la otra. Pero si olvidas tu patria y te ahogas con esta vida carnal (como el mundo y los paganos viven sin fe ni la esperanza de la vida eterna), entonces no llegarás a la otra vida tampoco, porque la has menospreciado y tirado.

Por tanto, debe haber una batalla aquí en la cual resistimos los deseos de la carne, porque estos, dice, “batallan contra el alma”, es decir, contra la fe y la buena conciencia en el hombre. Si estas cosas dominan, luego el Espíritu y la fe se pierden. Si no quieres ser vencido, debes defenderte valientemente contra ellos y tener la intención de

vencerlos y retener tu beneficio espiritual y eterno. Esta es la primera razón; trata de nuestras propias necesidades.

23. La segunda razón es que el honor de Dios depende de nuestra vida en la tierra, a saber, que nuestras vidas no deben ir a parar en la boca de los enemigos para que no calumnien la palabra y el nombre de Dios. En vez de eso, debemos alabarlo con nuestra confesión y con toda nuestra vida, por la cual otros también pueden llegar y junto con nosotros reconocer y honrarlo. Cristo dice (Mateo 5:16): “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”.

24. Así Pedro ahora procede a enumerar algunas buenas obras que son apropiadas para los cristianos en cualquier posición en la vida, particularmente los que están sujetos al gobierno o en servidumbre como criados y criadas. En ese tiempo, los cristianos tenían que someterse a amos paganos e incrédulos y servirlos. Los exhorta a vivir en tal forma que el nombre de Dios se alabe. Cuando deben sufrir la violencia y la injusticia, deben tener paciencia y no devolver el mal, como escuchamos en la Epístola del domingo anterior (que sigue a este texto). Sin embargo, tomaría demasiado tiempo ahora tratar todos los puntos en esta enumeración de las buenas obras.